

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUIGALPA: 15 DE ABRIL DE 1902

NUM. 18

Parrafos

LA lectura de obras exquisitas es uno de los placeres más intensos de que puede gozar el alma del artista. Goce delicado y hondo, que está vedado á la inmensa mayoría de los humanos y que constituye el alimento de los cerebros fuertes.

Qué inefable emoción invade nuestro organismo leyendo uno de esos libros encantadores, en los que del milagroso encaje del estilo surgen divinas formas de belleza, como las curvas de un mórbito cuerpo bajo el cincel, en un trozo de mármol! Qué alegría silenciosa y profunda nos conmueve después de la lectura de una de esas páginas estupendas, en que los grandes intelectuales ponen su espíritu y su sangre, embriagándonos de entusiasmo, abriendo ante nosotros la misteriosa puerta de los sueños, y mostrándonos, en un relámpago ilusorio, el secreto sutil de la palabra!... Páginas que semejan luminosas pedrerías; raros ramilletes de flores sobrenaturales; cuadros mágicos, en donde están encerradas las más recónditas manifestaciones estéticasEn ellas cada voz tiene un alma que tiembla y canta y dice su secreto. Un alma leve, formada de músicas, de matices y de perfumes. Alma que vibra hondamente en algunos versos inmortales, y que debió volar—como una abeja de oro—en el cerebro del poeta creador.

En los días crueles, en que todo parece sernos hostil, tomamos uno de esos libros armoniosos y profundos, y adormecemos nuestras penas con su lectura. Allí encontramos un suave consuelo para las groseras banalidades que nos asedian; un refugio contra el mal de la vida. A ve-

ces, un ingenuo sentimiento de gratitud surge en el fondo de nuestro ser para el autor que ha sabido consolarnos, y evocamos su recuerdo, como si fuera el de un amigo querido. En ocasiones, una sola frase, un solo verso, nos conmueven de tal modo, que nuestro espíritu se sume en una prodigiosa abstracción, y nos vemos envueltos en una atmósfera de ensueño. Esa impresión deleitosa, que apenas dura un minuto, nos hace olvidar por mucho tiempo los largos días monótonos, las horas vacuas en que la vida pasa, inútilmente.

Hay prosas sugestivas que parecen escritas para vigorizar nuestro espíritu, para llenarlo de una vital energía, para sostenerlo en las hoscas luchas interiores. Creemos entonces que el autor nos dice palabras misteriosas de una fuerza oculta, que pasa á nuestra alma en un soplo sagrado. Nos aconseja fraternalmente, mostrándose, ora grave, ora sonriendo con benévola tolerancia ante nuestras inquietudes. En esas prosas nutridas de pensamientos y sabias observaciones, hallamos á veces analogías maravillosas, estados de alma idénticos á los nuestros; y es entonces cuando más nos identificamos con el autor, en espíritu y en ideas. Cuántas veces encontramos la solución de alguna duda al volver una página, ó vemos confirmada en seguida alguna de nuestras impresiones! Y cuántas nos ha sorprendido el hallarnos con una manifestación íntima que nosotros creíamos exclusiva de nuestra particular idiosincrasia!

Estas sorpresas espirituales despiertan en nosotros goces delicados y únicos, placeres puros y nobles. De ahí en adelante, ese escritor que nos ha revelado todo su pensamiento y cuya naturaleza tiene semejanza con la nuestra, será buscado con avidez entre otros autores y llegará á im-

presionarnos el simple anuncio de sus nuevas obras.

El verso, como forma precisa y refinada, deberá llevar en sí mayor intensidad de pensamiento y de emoción. En una línea deberá encarnarse una idea hermosa, cubierta con un fúlgido ropaje. Un verso perfecto es una obra maestra de música, de color y de verdad.

Es tan delicada y tan difícil esta forma de arte, que quien conozca á fondo todo su valor, se sentirá satisfecho con encontrar un solo verso bueno en los catorce de que se compone un soneto. Nada, en verdad, es tan bello como un verso lapidario. Pero para crearlo ¡qué de inauditos esfuerzos, qué de formidables combates cerebrales! La idea se os escapa, sutilísima, como una tela de araña que flotase en el aire. Pasa por vuestros ojos como la luz de un relámpago; os acaricia un segundo y desaparece. Y si lográis cogerla al vuelo, os encontráis que no tenéis para ella el traje fulgurante que necesita. Y os dais á buscar la forma impecable que ha de contener en su ritmo sutil aquella chispa de vuestro cerebro. Lucha portentosa y callada, en que vuestras facultades vibran silenciosamente; en que todo vuestro ser permanece inmóvil, como en espera de una luz ultraterrestre; en que toda vuestra energía intelectual se agita en un laborioso trabajo. ...A veces la batalla interior se prolonga indefinidamente, y la victoria, si al fin llegáis á conseguirla, os quita de encima una inquietud sofocante, produciéndoos, al mismo tiempo, una emoción intensísima, una embriaguez divina, que os compensa, magníficamente, de las torturas que habéis experimentado.

FROILAN TURCIOS

Elena

Luz fosfórica entreabre claras brechas en la celeste inmensidad, y alumbrá del foso en la fática penumbra cuerpos hundidos por doradas flechas. Cual humo frío de homicidas mechas, en la atmósfera densa se vislumbra vapor disuelto que la brisa encumbra á las torres de Ilión, escombros hechas.

Envuelta en veste de opalina gasa,
recamada de oro, desde el monte
de ruinas hacinadas en el llano,
Indiferente á lo que en torno pase,
mira Elena hacia el lívido horizontoute
irguiendo un lirio en la rosada mano.

JULIÁN DEL CASAL

El Dante

Padre, díces verdad; la selva obscura
no tiene ya camino conocido:
en su lóbrego seno estoy perdido
y amurallado y preso en su espesura.
La antorcha de la fe, radiante y pura,
al riento de los años se ha extinguido,
y entre la sombra voy, solo y rendido
con mi pesada carga de amargura.
Si aquí has visto flotar la reluciente
túnica de Beatriz, y aquí tuviste
la sombra de un laurel para tu frente,
Apídate, Maestro, del que existe
sin gloria y sin amor, y cual tú, siente
ensangrentado el pie y el alma triste.

LUIS G. URBINA

Gavotta de las Damas Amarillas

ALGUNAS damas rubias, no ya jóvenes, pero apenas salidas de la juventud, vestidas de una ajada seda de color de crisantemo amarillo, la bailaban con caballeros adolescentes, vestidos de rosa, un poco aburridos, que llevan en su corazón las imágenes de otras mujeres más bellas, la llama de un nuevo deseo. Y la danzan en una sala muy vasta, que tiene todas las paredes cubiertas de espejos; la danzan sobre un pavimento entarimado de amaranto y de cedro, bajo una gran lámpara de cristal donde las bujías están para consumirse y no se consumen nunca. Y las damas tienen en sus bocas, un poco marchitas, una sonrisa tenue, pero inextinguible; y los caballeros tienen en sus ojos un tedio infinito. Y un reloj de péndulo señala siempre una misma hora, y los espejos repiten siempre las mismas actitudes, y la Gavotta continúa, siempre dulce, siempre lenta, siempre igual, eternamente, como una pena de amor.

GABRIEL D'ANNUNZIO

La sonrisa

No es la risa de Diana cazadora,
Más fresca que la luz del mediodía,
Ni de Anacreonte, el que beber solía
Lo que Lesbos en odres atesora;

No quiere del artista la creadora
Llama de su ardiente fantasía,
Animar con la luz de la alegría
El semblante de mármol que elabora.

Es de Arouet la sonrisa con que sueña
Cargar el labio, que el buril diseña.
Y animando la boca soberana,

De los labios de piedra se desliza
El fulgor de una irónica sonrisa,
Emblema cruel de la amargura humana.

LUIS ANDRÉS ZÚNIGA

Judith Gautier

Es la hija del poeta. En su casita de la calle de Longchamps—donde, como se dice de las princesas de los viejos cuentos azules, ella crecía en hermosura y en juicio—Judith aprendió desde la infancia á comprender y á gustar las formas de arte más exquisitas, más raras y más extrañas. Su padre, hablando como escribiendo, era un incomparable inventor de maravillas. En sus conversaciones familiares hacía, sin pensar en ello, evocaciones mágicas; y así su habitación, bañada en el invierno por las brumas del Sena, se llenaba, á su vez, de todas las poesías del oriente soñado.

Me acuerdo de haber visto allí, una tarde, sobre los tramos de la biblioteca, la máscara de oro de una momia egipcia-brillando en la sombra; y nunca olvidaré la impresión de armonía que esa figura sagrada, de largos ojos abiertos, que adornaba el gabinete de trabajo del maestro que compuso LA NOVELA DE LA MOMIA y su prólogo incomparable, produjo en mí. Ahí fué donde Judith Gautier se nutrió, desde niña, de poesía; ahí fué donde aprendió á adorar la belleza exótica... Y para que su educación fuese completa, no hizo falta nada... nada más, acaso, que lo común y lo ordinario.

ANATOLE FRANCE

Fugitivas

I
Sentí tu aliento besar mi frente,
Miré tus ojos y oí tu voz;
Y algo muy dulce, como un ensueño,
Sobre mi alma se derramó!
¿Fué algún deliquio?... Sólo recuerdo
Que entre mis manos tenía yo
El blanco ramo que en tu corpiño,
Celoso y triste se marchitó!

II
Llevas entre tus labios,
Frescos y rojos,
El fuego que reflejan
Tus claros ojos.
Ay! quién pudiera
Abrasarse en tu boca,
Niña hechicera!

En las redes brillantes
De tus miradas
Sabes llevar las almas
Aprisionadas:
Prisión felice!
Pues quien en ella cae
La ama y bendice!

III
Cuando tu cabellera que el Sol corona
Cifre tu rostro blanco como alabastro,
Pareces la escultura de una Madona
Que bañara amorosa la luz de un astro.
Y si en tus dulces ojos á ver se alcanza,
Unidos se sorprenden en real belleza
El verde de los mares que es la esperanza
Y el azul de los cielos que es la pureza!
Así encantos secretos te divinizan
Y aunan en el cuadro de tu hermosura,
Tus ojos y tus bucles, que simbolizan
Esperanza y pureza, luz y ternura!

JERÓNIMO J. REINA

El placer de los dioses

¿Qué quieres?...soy así. Por el amigo
Dispuesto estoy á dar vida y hacienda;
Pero una vez lanzado á la contienda,
Implacable he de ser con mi enemigo.

Odios y amores en el alma abrigo;
El que burlado fué, que me comprenda:
Ya de mis ojos arranqué la venda,
Y odios y amores morirán conmigo.

Tu consejo es injusto, aunque es cristiano,
Que la razón á comprender no alcanza
Que se ame al enemigo como á hermano.

Yo castigo el ultraje sin tardanza,
¿Qué quieres?...así soy; nací pagano,
Y es placer de los dioses la venganza.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Liane de Pougy

EN casa de Liane de Pougy. Desde que apareció su famoso libro de memorias, la rubia pecadora ha tomado un aspecto más literario, más grave, más solemne. Sus ojos mismos, sus divinos ojos azules, que entristecieron la agonía de Ludovico Halevy y que atormentaron á tantos otros, parecen ahora más tiernos y más benévolos. Su manera de hablar no tiene casi nada de femenina y de coqueta.

Recostada en una butaca de estilo ecléctico, la cortesana habla como un poeta, de todo y de todos, buscando frases gráficas y palabras pintorescas para dar forma á sus ideas. Lo único que en ella me choca, son las opiniones. ¿Qué necesidad tiene de fatigarse en el cultivo de las ideas generales? Para ser lo que es, bástale tener fantasías y con experimentar sensaciones.

Alguién le habla de su libro. Ella sonríe silenciosamente.

—Es un libro precioso, dice La Jeunesse.

En efecto lo es. Cuando se anunció su publicación, todos esperábamos una autobiografía malsana y refinada, llena de hipocresías sentimentales, de paisajes raros, de curiosidades psicológicas y de terribles complicaciones. Todos nos equívocamos. *L'INSAISSABLE* es sencillamente la historia de un alma apasionada é instintiva que, creyendo haber venido al mundo para amar, ha ido de desilusión en desilusión por el camino del deseo, del capricho y de la locura; también, á veces, corriendo en pos de lo intangible.

¡Lo intangible! La pobre cortesana llama así al amor que, siendo clemente para con otros, para muchos, para casi todos, le ha sido rebelde á ella que, sin embargo, es la mas digna de amar y de ser amada.

Durante los diez años de su vida galante, Liane ha creído encontrar el Amor veinticinco veces. Un día quiso amar á un violinista de negra cabellera; otro día á un moderno Rastignac; más adelante á un poeta, á otro poeta, á varios

poetas... después á un obrero robusto y simple... en seguida á un sportman... y luego á otro y á otros sin profesión, sin fortuna... Todo lo ha probado. En todas partes sus labios adorables buscaron los labios hermanos. Pero todos los labios fueron para ella ó falsos ó insensibles.

Y ahora, ya frisando en la edad de la cordura, más cerca de los treinta que de los veinticinco, termina su libro con las palabras siguientes:

“¿Vendrá para mí el día del amor? No lo sé; pero aun lo espero. Y aunque la razón me diga que he sufrido demasiado, comenzaré de nuevo á correr tras el amor, porque una fuerza irresistible me obliga á esperar eternamente. En verdad ¿por qué no he de seguir buscando ese ideal, puesto que nada en la tierra vale lo que un beso?”

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

Horizontes

Todo recuerda á la mujer amada
que en el altar del corazón se adora:
la tarde, el mar, la atmósfera callada,
la nube errante, el aura gemidora;

El transparente azul del horizonte,
el bruñido cristal del ancho río,
la luz del cielo y el verdor del monte,
el sol que se hunde en el ocaso frío.

Todo tiene una forma de belleza,
un tinte misterioso, indefinido,
reflejos y perfumes de pureza,
cadencias de dulcísimo sonido.

Todo habla al alma en inefable idioma
de amor, de fe, de inspiración y gloria;
ondas de luz y ráfagas de aroma
perfuman é iluminan la memoria.

OLEGARIO V. ANDRADE

Visiónaria

Yo quiero un canto leve,
la silueta de un coro,
que vuele sin oírse,
cual reflejo de nieve,
al tímpano sonoro
donde llegue á morir.

Quiero una estrofa incierta,
cuyo verso risueño

lo escriba—en armonías—
la piuma del ensueño
sobre tu alma cubierta
de glaciales poesías.

Un madrigal sonoro
de cristal intocado,
un madrigal sentido,
esfumante y alado,
que brille como el oro
y se duerma en tu oído.

Y un poema de versos
rimados en una ola
de caricias flotantes
sobre tu alma sola
que se idealiza en versos,
imposibles cambiantes,

JULIÁN LOPEZ PINEDA

La barrica de amontillado

HABÍA tolerado cuanto me fué posible las mil injusticias de Fortunato; pero cuando se permitió el insulto, juré vengarme. Vosotros que conocéis bien la naturaleza de mi alma, no supondréis, sin embargo, que esto fuera una simple amenaza; era preciso vengarme al fin, y estaba completamente resuelto; pero la sinceridad misma de mi determinación excluía toda idea de peligro. Debía castigar, pero impunemente; una injuria no se lava cuando el castigo alcanza á quien le aplica, ni queda satisfecha si el vengador no tiene cuidado de darse á conocer al que infringió la injuria.

Conviene que todos sepan que yo no había dado el menor motivo á Fortunato para dudar de mi benevolencia, ni por mis palabras ni por mis actos; según mi costumbre, continué sonriendo cuando me hablaba, y no adivinó que mi sonrisa sólo revelaría en adelante la idea de mi venganza.

Fortunato tenía un flaco, aunque fuese por todos conceptos un hombre respetable y hasta temible: vanagloriábase de ser muy inteligente en vinos. Pocos italianos poseen el verdadero espíritu conocedor; su entusiasmo se manifiesta y adapta las más de las veces según el tiempo y la ocasión, y es un charlatanis-

mo propio para influir en los millonarios ingleses y austriacos. En cuanto á pinturas y piedras preciosas, Fortunato, así como sus compatriotas, era un charlatán; pero en materia de vinos rancios, no dejaba de ser entendido. Por este concepto, yo defería esencialmente ante él, pues conocía bien los de Italia y compraba grandes cantidades cuando podía.

Cierto día de Carnaval, al oscurecer, encontré á mi amigo, que se acercó á mí con la más afectuosa cordialidad, sin duda porque había bebido mucho. Mi hombre iba disfrazado; llevaba un traje ceñido, y la cabeza cubierta con un sombrero cónico guarnecido de campanillas. Me alegré mucho de verlo, y creí que no acabaría nunca de estrecharle la mano.

—Querido Fortunato, le dije: el encuentro es oportuno. ¡Qué buen semblante tiene usted hoy! Digo que me alegra verle porque he recibido una pipa de amontillado, ó por lo menos de un vino que me dan como tal, y tengo mis dudas.

—¿Una pipa de amontillado? replicó mi amigo. ¡No es posible! ¡En medio del carnaval!

—Tengo dudas, repuse, y he cometido la torpeza de pagar todo el valor sin consultar con usted antes. No le he podido encontrar, y he temido perder la ocasión de hacer la compra.

—¡Amontillado! exclamó mi amigo.

—Repito que tengo mis dudas.

—¿Sobre el amontillado?

—Sí, y quiero saber á qué atenerme.

—¿Respecto del amontillado?

—Sí, hombre! Y como sin duda usted tendrá alguna invitación entre manos, voy á buscar á Luchesi, pues si hay algún inteligente, seguramente es él. Luchesi me dirá....

—Luchesi es incapaz de distinguir entre el amontillado y el jerez.

—Y, sin embargo, hay imbéciles que sostienen que es tan inteligente como usted.

—¡Vaya, vamos!

—¿A dónde?

—A su bodega.

—No, amigo mío; no quiero abusar de su bondad; veo que está convidado, y, de consiguiente, Luchesi..

—No estoy convidado. ¡Vamos!

—No, amigo mío; no lo hago por la invitación, sino porque me parece que el frío lo tiene enfermo á usted, y en la bodega hay mucha humedad; las paredes están cubiertas de nitro.

—No importa, vamos; el frío no vale nada. Es preciso ver ese amontillado; sin duda ha sido usted víctima de un engaño; y en cuanto á Luchesi, es incapaz de distinguirlo del jerez.

Así diciendo, Fortunato me cogió del brazo; yo me puse una careta de seda negra, y embozándome en la capa, me dejé conducir hasta mi palacio.

Los criados no estaban en la casa; yo les había dicho que no volvería hasta por la mañana, dándoles formalmente la orden de no salir, lo cual bastaba, como yo sabía muy bien, para que todos se marchasen al volver la espalda.

Cogí dos candeleros, entregué uno á Fortunato y condujéle con la mayor complacencia al través de varias habitaciones, hasta el vestíbulo por donde se bajaba á la bodega; comencé á franquear una larga y tortuosa escalera, y volvía á menudo la cabeza para recomendar á mi amigo que tuviese cuidado. Al fin llegué á los últimos peldaños, y nos hallamos ambos en el suelo húmedo de las catacumbas de Montresoros.

Mi amigo se tambaleaba, haciendo resonar á cada movimiento sus campanillas.

—Dónde está la pipa de amontillado? preguntóme.

—Más lejos, contesté; pero vea usted ese bordado blanco que brilla en las paredes.

Fortunato fijó en mí la mirada de sus ojos vidriosos, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿El nitro? preguntó al fin.

—Sí, el nitro, repuse. ¿Cuánto tiempo hace que tiene usted esa tos?

Un nuevo acceso impidió á mi amigo contestar hasta que pasaron algunos minutos.

—No es nada, replicó al fin.

—Venga usted, le dije con firmeza; vámonos de aquí, pues no quiero que se resienta su importante salud. Usted es rico y feliz como yo lo fuí en otro tiempo; se le respeta y se le ama, y su muerte dejaría un gran vacío. Yo no me hallo

en el mismo caso. Vámonos de aquí, porque de lo contrario enfermaría usted. Por otra parte, tengo á Luchesi. . .

—Basta, replicó Fortunato; la tos no es nada; el resfriado no me matará.

—Cierto, muy cierto, repuse: verdaderamente no tenía intención de alarmarle en vano; pero debería usted adoptar precauciones! Un trago de este medoc le preservará á usted de la humedad.

Y cogiendo una botella entre las muchas de una prolongada serie alineada en el suelo, la destapé.

—Beba, usted, dije á Fortunato presentándole el vino.

Acercó la botella á sus labios, mirándome de reojo, me saludó familiarmente [las campanillas sonaron] y dijo:

—Brindo por los difuntos que reposan alrededor de nosotros.

—Y yo por la salud de usted, deseándole larga vida.

Mi amigo me tomó del brazo y seguimos adelante.

—Estas bodegas, me dijo, son muy vastas.

—Los Montresoros, contesté, eran notables y numerosos.

—No me acuerdo cómo es el escudo.

—Un pie de oro en campo azul; el pie aplasta una serpiente que se arrastra y que ha clavado sus dientes en el talón.

—¿Y la divisa?

—*Nemo me impune lacessit.*

—Muy bien.

El vino brillaba en los ojos de Fortunato y las campanillas sonaban. El medoc me había calentado un poco la cabeza; pero pronto llegamos, por en medio de montones de osamentas mezcladas con barricas y toneles, á los últimos confines de las catacumbas. Defúveme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger á mi amigo por un brazo.

—El nitro aumenta, le dije; vea usted cómo está suspendido de las bóvedas; nos hallamos en el lecho del río: las gotas de la humedad se filtran por entre las osamentas. ¡Vaya, vámonos antes que sea demasiado tarde! Esa tos. . .

—No es nada, contestó Fortunato; sigamos adelante; mas por lo pronto venga otro trago de medoc.

Destapé un frasco de vino de Grave y se lo presenté, vaciéndole un trago, y

sus ojos brillaron como si fueran de fuego: comenzó á reír y arrojó la botella al aire con un ademán que no comprendí.

Le miré con sorpresa, y repitió el movimiento, que, á la verdad, era muy grotesco.

—¿No comprende usted? me dijo.

—No, repliqué.

—Entonces no es usted de la logia.

—¿Cómo?

—No es usted masón.

—Sí, sí, repuse; eso sí!

—¿Usted? ¡Imposible! ¿Usted masón?

—¿Sí, masón!

—Veamos: una señal.

—Mire usted, repliqué, sacando una paleta de albañil de entre los pliegues de mi capa.

—Usted se chancea, exclamó retrocediendo algunos pasos; pero vamos á ver el amontillado.

—Sea, contesté, guardando la herramienta y ofreciendo el brazo á mi amigo. Fortunato se apoyó con pesadez, y continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Después de atravesar una serie de arcos muy bajos seguimos avanzando por una bajada, y al fin llegamos á una cripta profunda, donde la impureza del aire más bien enrojecía nuestras luces que las hacía brillar.

En el fondo de aquella cripta descubríase otra no menos espaciosa; sus paredes se habían revestido con los restos humanos acumulados en los subterráneos que estaban situados sobre nosotros, á la manera de las grandes catacumbas de París. Tres lados de la cripta tenían aquel adorno; pero en el cuarto se habían arrancado los huesos, que yacían confusamente en el suelo y formaban en cierto sitio una especie de muro; en la pared, desnuda por la caída de los huesos, veíase un nicho de cuatro pies de profundidad por tres de ancho y seis ó siete de altura; al parecer, no se había construido para ningún uso especial, constituyendo simplemente el espacio entre dos de las enormes pilastras que sostenían la bóveda de las catacumbas, apoyándose en una de las paredes de granito macizo que limitaban el conjunto.

Inútilmente trató Fortunato de escudriñar la profundidad del nicho levanta-

tando el hacha, pues la luz, muy debilitada, no nos permitía ver la extremidad.

—Avance usted, dije á mi amigo; allí está el amontillado. En cuanto á Luchesi...

—¡Es un ignorante! interrumpió.

Fortunato adelantóse un poco y seguido de cerca por mí.

En un momento alcanzó la extremidad del nicho, y al ver que la roca le cerraba el paso, detúvose con aire perplejo. Un instante después tenía encadenado en la pared de granito, donde había dos grapones de hierro á la distancia de dos pies uno de otro, y dispuestos en sentido horizontal; en uno de ellos hallábase suspendida una cadena corta, y en la otra un candado; enlacé con aquella la cintura de Fortunato, y pude sujetarlo fácilmente, porque era tal su asombro, que no se resistió; después retiré la llave del candado y saqué del nicho.

—Pase usted la mano por la pared, le dije, pues no podrá menos de tocar el nítro. A decir verdad, está muy húmedo, y por eso *suplicaré* á usted una vez mas que se vaya. ¿No quiere usted? Pues bien; será preciso marcharme, pero le dispensaré antes las atenciones que están á mi alcance.

—¡El amontillado! exclamó mi amigo, no recobrado aún de su asombro.

—Es verdad, repliqué, el amontillado.

Al pronunciar estas palabras acerquéme al montón de osamentas de que ya he hablado, separé algunas de ellas y dejé en descubierto un buen número de ladrillos y mortero. Con estos materiales, y sirviéndome de mi paleta, comencé á tapiar la entrada del nicho.

Apenas hube echado la primera línea de ladrillos, reconocí que la embriaguez de Fortunato se disipaba en gran parte; el primer indicio que tuve fué un grito sordo, un gemido que salió del fondo del nicho; pero *no era el grito* de un hombre ebrio. Después siguióse un silencio profundo; puse otras tres líneas de ladrillos, y entonces ó las furiosas vibraciones de la cadena; el ruido duró algunos minutos, y durante ellos me agaché sobre las osamentas para deleitarme más, interrumpiendo mi trabajo. Cuando el rumor cesó, empuñé de nuevo mi paleta, y

sin más interrupción coloqué la quinta línea de ladrillos, la sexta y la séptima; la pared llegaba entonces casi á la altura de mi pecho; detúveme un poco, y elevando las hachas, dirigí algunos débiles rayos sobre mi amigo.

De pronto resonaron varios gritos agudos de la persona encadenada, y esto me hizo retroceder violentamente. Durante un instante vacilé, temblé; pero al fin, desenvainando mi espada, introduje la hoja á través de las aberturas del nicho. Un instante de reflexión bastó para tranquilizarme; puse la mano sobre la sólida pared de la cueva, acerquéme al muro y respondí á los alaridos de mi hombre con otros más ruidosos aún: de este modo conseguí hacerle callar.

Era entonces la media noche, y mi obra tocaba á su fin; había completado ya la octava línea de ladrillos, la novena y la décima, y una parte de la undécima y última, faltándome sólo ajustar una piedra. La moví con trabajo, y coloquéla al fin en la posición apetecida. En el mismo momento resonó en el nicho una carcajada ahogada que me puso los cabellos de punta, y á la cual siguió una voz triste que á duras penas reconocí como la de Fortunato.

—¡Ah, ah! exclamaba, ¡no es mala broma! ¡Buena jugarreta! ¡Cómo nos reiremos en el palacio, ja, ja! de nuestro buen vino!

—¡Del amontillado! dije yo.

—¡Ja, ja! sí, del amontillado. Pero ya es tarde. ¿No nos esperan en el palacio la señora Fortunato y los demás? Vámonos.

—Sí, repuse, vámonos.

—¡Por amor de Dios, Montresor!

—Sí, dije, por amor de Dios.

Estas palabras quedaron sin contestación; en vano apliqué el oído, é impacientemente ya, grité con fuerza.

—¡Fortunato!

Nada. Introduje mi hacha á través de la abertura que había quedado, y dejéla caer dentro. Sólo me contestó un ruido de campanillas que me hizo daño en el corazón, sin duda á causa de la humedad de las catacumbas. Apresuréme á poner término á mi obra, hice un esfuerzo ajusté la última piedra y la cubrí de

mortero, levantando después la antigua pared de osamentas para tapar la nueva maestería. Desde hace medio siglo ningún mortal las ha tocado. *In pace requiescat.*

EDGARDO POE

NOTAS

La Revista Nueva.—

Una hermosísima revista literaria, cuyo Director y Redactor es el conocido poeta Froilán Turcios.

La REVISTA NUEVA de Tegucigalpa, República de Honduras, puede figurar entre las mejores de su índole, y el nombre de su Director bastaría para asegurarlo.

El Eco Social, de Buenos Aires (República Argentina).

Pensamientos.—

La arquitectura árabe parece la hija del sueño de un creyente, dormido después de una batalla á la sombra de una palmera.—*Bequer.*

—Uno de los mejores estímulos para las acciones grandes es tener por testigo á una mujer que nos ame.—*Walter Scott.*

—La alegría del corazón conserva la edad florida; la tristeza seca los huesos.—*Salomón.*

—Los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad á que pertenecen.—*Emerson.*

—Un puñado de buenas acciones vale una fanega de ciencia.—*Jorge Herbert.*

—Temed al amor de una mujer más que al odio de un hombre.—*Sócrates.*

—La materia dista tanto de satisfacer las exigencias del espíritu, que realizar ciertos ensuenos sería empequeñecerlos.—*Bourget.*

—El dolor es fecundo en enseñanzas: se aprende mucho y pronto en la escuela de la desgracia.—*Julio Sandeau.*